

Revista de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica

Julio-diciembre, 2017 • Volumen 7, número 2 • EISSN 2215-3934 •

Recibido: 17 - Enero-2017 **Aceptado:** 15-Mayo-2017

En torno al lenguaje, una sugerencia del poeta Rafael Cadenas para la educación

DOI: <http://dx.doi.org/10.15517/h.v7i2.29585>

Daniela Díaz Larralde

Universidad Simón Bolívar. Caracas. VENEZUELA
Correo electrónico: ddiaz@usb.ve

En torno al lenguaje, una sugerencia del poeta Rafael Cadenas para la educación

Resumen

Este trabajo se inscribe dentro del marco de las discusiones acerca de la importancia del estudio de la lengua y de las humanidades en la educación. La intención es demostrar la validez del método de enseñanza que propone, desde el ámbito de la poesía, el poeta venezolano Rafael Cadenas en su libro *En torno al lenguaje* (1984), luego de revisar sus vínculos con propuestas del pasado, en particular varios de los postulados centrales de don Andrés Bello, y de situarnos en la problemática presente. Esta investigación parte de la premisa, acorde con las propuestas de los autores referidos, de que es a través de la educación que se construyen las bases de una sociedad y de una cultura, y de que el estudio de la lengua es la base primordial de todos los demás estudios.

Palabras claves: Educación, Lengua, Lenguaje, Literatura, Cultura.

En torno al lenguaje (On Language), a proposal for education by the poet Rafael Cadenas

Abstract

This paper is inscribed within the framework of the discussions regarding the importance of the study of language and humanities in education. It is intended to demonstrate the validity of the teaching method proposed, from the standpoint of poetry, by Venezuelan poet Rafael Cadenas in his book *En torno al lenguaje* (1984), after reviewing its links with past proposals, specially with several of the central hypotheses of Don Andrés Bello, and having positioned us regarding current issues. This research works from the premise, consistent with the proposals of the above-mentioned authors, that it is through education that the basis of a society and culture are built, and that the study of language is the essential basis of all other studies.

Keywords: Education, Langue, Language, Literature, Culture.

1. Introducción

Los retos a los que se enfrentan los educadores en la actualidad, en especial aquellos que pertenecen al área de las humanidades y las artes, no están de ningún modo desvinculados de los retos que otros educadores e intelectuales han debido enfrentar en épocas pasadas y que han dado como fruto, en su momento, valiosos aportes. Es cierto que en muchos casos los retos de hoy podrían considerarse inéditos, debido a que plantean interrogantes o exigencias que surgen de las transformaciones que se han ido imponiendo en nuestras sociedades a partir del desarrollo de las nuevas tecnologías y de los efectos de la globalización; sin embargo, sería un error pensar que por ello los aportes del pasado han perdido vigencia. Es claro que entre unos y otros habrá diferencias que respondan a la particularidad de cada época y contexto, pero también es cierto que hay asimismo recurrencias que mucho pueden decirnos de lo que caracteriza a nuestra cultura occidental y por tanto servirnos de fundamento para esbozar algunas posibles respuestas a las exigencias del presente y también a las del futuro.

Este trabajo se inscribe dentro del marco de las discusiones acerca de la importancia del estudio de la lengua y de las humanidades en la educación. La intención es demostrar la validez del método de enseñanza que propone, desde el ámbito de la poesía, el poeta venezolano Rafael Cadenas en su libro *En torno al lenguaje* (1984), luego de revisar sus vínculos con propuestas del pasado, en particular varios de los postulados centrales de don Andrés Bello, y de situarnos en la problemática presente. Esta investigación parte de la premisa, acorde con las propuestas de los autores referidos, de que es a través de la educación que se construyen las bases de una sociedad y de una cultura, y de que el estudio de la lengua es la base primordial de todos los demás estudios.

Según explica Luengo Navas (2004), con la educación “*lo que [se] pretende es [modificar al ser humano, que nace inacabado] para completarlo y optimizarlo, tomando como referencia un modelo ideal de persona y de sociedad que le sirve de guía*” (p. 37). A continuación añade:

“La educación trata, en definitiva, de hacer a la persona mejor de lo que en un principio es, en un permanente proceso de perfeccionamiento... La idea de bien se utiliza como sinónimo de perfeccionamiento, al aludir a aquello que corresponde a la naturaleza humana” (2004, p.37).

En tal sentido, resulta fundamental tener muy claro qué es lo que se pretende lograr cuando se piensa en un proyecto educativo, pues, sin duda, aquello a lo que se aspira, como resultado del proceso de formación, ese “*modelo ideal de persona y de sociedad*” que sirve de guía, está intrínsecamente ligado a los valores, principios y costumbres propios de cada sistema cultural. De ahí que resulte imprescindible tomarlos en consideración cuando se emprende la tarea de reflexionar sobre la educación, y sobre todo tener muy claro qué es “*aquello que corresponde a la naturaleza humana*”.

Al respecto aclara Luengo que:

“Hacia lo que se tiende, esto es, la finalidad educativa, tiene que ver con el ser humano. Un ser humano dotado de todas sus cualidades y dimensiones. Por eso se dice que la educación se dirige hacia el perfeccionamiento integral de la persona, no debiéndose descuidar ninguna de sus capacidades integrantes: cognitivas, morales, afectivas, éticas, estéticas, sociales, etc.” (2004, pp. 37-38).

Desde el despunte de la modernidad, que comenzó a erigir sus pilares sobre los principios de la Ilustración, los cuales defendían justamente la importancia de la formación integral del ser humano, grandes pensadores han orientado su esfuerzo hacia la postulación y defensa de aquellos valores que debían servir de guía a la labor educativa, entendida esta como medio esencial para consolidar los cimientos de una civilización auténtica, responsable y libre. Y entre quienes se han preocupado en dar respuesta a tales cuestionamientos, muchos hay que han coincidido en defender la relevancia que tiene el estudio de las humanidades, en todos los niveles de la educación, como medio de formación esencial de un individuo crítico y responsable, ético, consciente de la realidad de su entorno social y natural, de su historia y de lo que en ella suele repetirse, de su cultura y de la existencia de otras culturas; y por ello capaz de asumir un rol activo, constructivo y creativo en la sociedad. No ya obedeciendo instrucciones, ni aceptando ideas preconcebidas; no ya creyéndose dueño de alguna verdad, por haber constatado que el mundo es plural y que de ello depende toda su vida y su riqueza; no ya dejándose arrastrar por la inercia del “progreso” entendido en términos egoístas y mezquinos, sino asumiendo la enorme responsabilidad que implica estar vivo, junto a otros seres humanos, y habitar —en el sentido heideggeriano del término— la Tierra. Y entre las humanidades, muchos han sostenido que es el estudio de la lengua lo que en toda formación resulta fundamento vital para todos los demás estudios.

En Hispanoamérica, una de las figuras más reconocidas por su aporte en materia educativa es el gran maestro don Andrés Bello, quien fuera educador ejemplar durante toda su vida, preocupado no solo por impartir de la mejor manera posible sus clases, orientadas siempre a despertar en sus estudiantes, desde sólidos fundamentos, el interés por el conocimiento, sino también por su imprescindible aporte de ideas en relación con el desarrollo e implementación de la educación en todos sus niveles, con fines claros que la encaminaban hacia la formación de individuos críticos y libres. Bello, gran defensor de los principios de la Ilustración, era, según palabras del doctor Alfonso Ocampo Londoño, “un convencido del trabajo intelectual, de la libertad de pensamiento, del derecho de todo individuo para llevar a cabo un examen de las cosas, limpio de prejuicios e intereses” (1982, p. 386), y en ese sentido resulta un referente indispensable para el presente trabajo.

Cabe recordar que en tiempos de Bello las sociedades americanas comenzaban a nacer como naciones independientes y por tanto resultaba indispensable concebir, a partir del compromiso y la responsabilidad que aquello ameritaba, un nuevo imaginario común, acorde con las circunstancias, que era necesario consolidar en cada sociedad a fin de lograr que las naciones americanas alcanzaran su propia identidad. El aporte de Bello en este sentido es fundamental puesto que él tuvo claro desde el principio, por formación y por vocación, que la educación jugaba un papel crucial en ese proceso. Esto, porque comprendía que entre sus fines no solo se contemplaba la formación social y cultural del individuo, sino también la política, intrínsecamente vinculada con la formación moral. De ahí que se ocupara, con la misma dedicación, tanto de hacer propuestas sólidas encaminadas a reestructurar, según las necesidades del momento, la institución educativa, como de la creación y redacción de un Código Civil y de una Constitución, convencido de que solo sobre la base de tales lineamientos y acuerdos, principios y valores, con carácter de ley, garantes de la moral y la justicia, podía consolidarse una nación independiente y libre. Y además se ocupó Bello de otra tarea central, que sin lugar a dudas es pilar de las antes referidas: la redacción de su “*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*” (1847). Este es uno de los aportes más valiosos del Maestro, quien, consciente de que era la lengua “*un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes*” (versión digital, s/p), como apuntó en su prólogo, se abocó a la tarea de su conservación, con la firme intención de que se evitara todo aquello que pudiera oponer “*estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional*”; ventajas de mantener un lenguaje común que él consideraba “*inapreciables*” (ídem). Y porque estaba consciente también

de que la lengua era el medio a través del cual el alma de América, gestada en una realidad singular, diferente a la europea, podía llegar a encontrar su propia voz, sin negar, sino más bien acogiendo, la riqueza cultural que con ella le legaba al Nuevo Mundo el viejo continente.

Para comprender cabalmente la importancia que Bello le otorgaba al lenguaje, basta recordar lo que sobre este dijo en el artículo que publicó en *El Araucano*, en 1832, en respuesta a un plan de estudios para la enseñanza secundaria que acababa de ser publicado por el mismo medio¹. En ese artículo él recomendaba que la educación común debía comenzar por la enseñanza de la lengua nativa y de la lengua latina, por considerarlas “*piedra fundamental de toda ciencia*” (1893, p. 99), y porque:

“Sin un perfecto conocimiento del lenguaje —decía—, sin entender la combinación de los signos del pensamiento, sin saber manejar ese instrumento con que se trasporta el alma de un hombre a otro, sin una inteligencia cabal de los recursos maravillosos de esa propiedad del habla, origen primario de las mejoras que la tierra ha recibido de la mano del hombre, la instrucción posterior ni puede ser bien comunicada ni bien recibida, porque falta el único y principal conductor de las ideas del maestro al entendimiento del discípulo” (1893, p. 99).

Bello, como buen hijo de la Ilustración, consideraba que la lengua era inseparable del pensamiento y que era el único vehículo hacia el conocimiento. Por ello sostenía que esta debía ser muy bien enseñada. En especial, debía enseñarse la importancia de cultivarla y de concebirla como lo que ciertamente es: el instrumento para la difusión de las luces, para la ejecución de las leyes, para la administración del Estado y para alcanzar la unidad nacional, unidad que solo podía lograr su cabal cumplimiento y expresión a través del color de su idioma.

2. Contexto actual

Más de un siglo después, el legado del gran Maestro de América sigue vigente en muchos sentidos. En 2009, por ejemplo, la Real Academia Española publicó, luego de once años de arduo trabajo, una gramática para todos los hispanohablantes. Logro inédito que sin lugar a dudas Bello celebraría, pues conlleva el reconocimiento de la autonomía del español como idioma propio de cada región y, al mismo tiempo, del compartir entre todos un tronco común que garantiza la preservación de su unidad. Ahora bien, resulta más problemático reconocer esa vigencia en el ámbito educativo.

Como ya se dijo en el apartado anterior, una de las principales intenciones de este trabajo es demostrar cuán importante son las humanidades, y entre ellas especialmente el estudio de la lengua materna, en la formación de un individuo integral. Esto, debido a que hemos constatado con gran preocupación que hoy en día el campo de las humanidades se está viendo amenazado porque al parecer se considera menos necesario su aporte, casi podríamos decir accesorio, para lo que el mundo actual, cada vez más tecnologizado y globalizado, requiere. Un mundo en el que parece que prevalecen los intereses económicos y de poder por sobre todas las cosas y en el que interesa más fomentar el estudio científico-tecnológico, por su utilidad para “el avance del progreso”, que el humano. Varias son las advertencias que han hecho en este sentido reconocidos educadores de distintos países.

Fernando Savater, por ejemplo, ha emitido recientemente un comunicado, en conjunto con intelectuales de la talla de José Luis Pardo, Ramón Rodríguez y José Luis Villacañas Berlanga², para advertir que la nueva reestructuración que se está proponiendo en la Universidad Complutense de Madrid, a fin, se supone, de hacer *más dinámica, flexible y eficiente su gestión*, implica darle una estocada final a la filosofía, pues arbitrariamente, y bajo la simple justificación de que ha disminuido

la cantidad de estudiantes inscritos, pasaría a convertirse en un Departamento de la Facultad de Filología ampliada, perdiendo así toda autonomía como Facultad independiente. Cuestiona al respecto, el filósofo español, que el plan, “*descontando la cansina muletilla retórica de la ‘calidad docente e investigadora’... no contiene más que números*” (2016, s/p). Él reconoce seguidamente que los números son importantes, pero de inmediato advierte que

“en cuestión de números los supuestos beneficios del proyecto no están mínimamente cuantificados (no hay memoria económica, aunque se anuncia un ahorro que no llega al 1% del presupuesto de la universidad), sino ocultos por otra muletilla, la del “dinamismo y la flexibilidad”, inconcreta e insuficiente para justificar el destrozo académico que dichos números esconden” (ídem).

Y a continuación recuerda que “*La finalidad de la universidad no es la gestión, sino la enseñanza y la investigación. Y en este punto —dice— no todo se puede reducir a números*”. Advierte además, en el mismo sentido, que

“Tras años de cháchara sofisticada acerca de la búsqueda de la excelencia en la investigación, y de su necesaria vinculación con la docencia para garantizar la calidad de esta última, el nuevo plan dibuja unas facultades y departamentos convertidos en cajones de sastre donde los profesores no se reunirán por la especificidad de sus investigaciones o por su cualificación en un área de conocimiento, sino por sedicentes “afinidades académicas” que convierten por decreto sus especialidades en “homogéneas” y que nada tienen que ver con las articulaciones teóricas del saber científico” (ídem).

Otro ejemplo de lo mismo lo encontramos en lo que se está planteando en Chile a partir de la propuesta de creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, presentada también en 2016, que deja en lugar incierto y desatendido a todas las disciplinas relacionadas con las Humanidades, tal y como lo planteó con gran preocupación, en un artículo publicado en agosto de ese mismo año³, el profesor de la Facultad de Letras de la Universidad Católica de Chile, Cristian Opazo, miembro además de la red Humaniora (Red de Postgrados de Artes, Humanidades, Ciencias Sociales y de la Comunicación). Según él, ese informe:

“evidencia, de manera sintomática, el lugar incómodo, acaso precarizado, al que son confinadas las humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación, cada vez que se abren debates públicos sobre el estatuto de la ciencia y tecnología, la innovación y la transferencia, el desarrollo y la sustentabilidad” (2016, s/p).

Entre otras cosas, Opazo advierte que en el informe han decidido referirse a todas las disciplinas del saber con el único término de “ciencias”, lo que implica una muy cuestionable homologación de los saberes; que a las disciplinas humanísticas “se las percibe como un ámbito más próximo a la ‘antigua extensión universitaria’ que a los auténticos desafíos investigativos del país”, y que “el carácter asociativo y colaborativo de estas áreas solo se reconoce en la medida que su quehacer se desarrolle de manera subordinada a estructuras propias de las ciencias exactas y de la tecnología” (ídem). Advierte además que:

“este “mal entendido” sobre qué son las artes y humanidades ha contribuido a definir un perfil de investigador que toma su modelo de la gestión cultural y áreas afines, y como reza el informe de la comisión presidencial, concibe nuestras prácticas como las de “gestores culturales” especialistas en “intercambio cultural entre países a nivel global” (ídem).

En la misma línea va la advertencia que hace Yanira B. Paz, en su libro *En busca de una gramática poética* (2015), en relación con la manera en que hoy, debido principalmente a los efectos de la globalización, se concibe la lengua. Con base en las discusiones que se han dado en los distintos Congresos de la Lengua, Paz afirma que esta “*ya no es percibida como objeto cultural o medio de intercambio, sino como valor de cambio, un bien de consumo, ‘mercancía’*” (2015, p. 113).

Queda en evidencia, entonces, a partir de estos tres llamados de atención, que tanto la lengua como todas las disciplinas humanísticas están siendo relegadas a un segundo plano o, en todo caso, se les está asignando una función subordinada a los intereses del desarrollo científico-tecnológico, que por supuesto se rige por lo económico.

Con la ironía que lo caracteriza, Savater justifica la reestructuración que pretenden imponer a su universidad alegando que, al parecer, la razón para ello es que el mercado laboral “*considera la cualificación científica y la formación humanística como un obstáculo para la empleabilidad*” (2016, s/p), crítica que apunta en especial al desmejoramiento en cuanto a calidad de la educación. Luego cierra su argumentación expresando su aspiración a que, llegado el momento del debate, se tomen en cuenta en la discusión, no solo los números, sino y sobre todo los argumentos, sustentados en “*la conciencia de la responsabilidad que la universidad pública tiene en el sistema educativo de un país democrático*” (ídem).

Cristian Opazo, por su parte, cierra su argumentación haciendo la siguiente pregunta: “*¿Acaso es posible pensar una sociedad integrada cuando estos saberes [las disciplinas humanísticas] se hallan precarizados?*” (2016, s/p), para luego instar a que, “*Antes de erigir una nueva institucionalidad, urge revisar los supuestos conceptuales que la sustentarán*” (ídem). Cuestionamientos cuya pertinencia resulta indiscutible, más aún cuando prestamos atención a lo que sucede hoy en día en el mundo.

3. Materiales y método: lo que propone el poeta para la educación de nuestro tiempo

Al comienzo de su libro, al que hicimos referencia líneas antes, la profesora del departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Kentucky, Yanira B. Paz, aclara que su trabajo “*se concibe sobre la base de que las más importantes y controvertidas discusiones sobre lenguaje en Hispanoamérica se han suscitado tradicionalmente desde la literatura*” (2015, p. 15). En su investigación, de gran pertinencia para nuestros días, puede decirse que resuena el eco del reconocimiento que hacía Bello de la literatura al considerarla como modelo del buen uso de la lengua. El mismo Amado Alonso, en su introducción a la *Gramática* del maestro, llega a decir que,

“En realidad, apenas si en algunos casos hace Bello diferencia entre el bien hablar de la gente educada y la lengua escrita literaria, como si para él el buen hablar fuese un ideal y la buena lengua literaria su real cumplimiento. Así es como la gramática de Bello es directamente gramática de la lengua literaria, con extensiones al uso doméstico que las gentes educadas hacen de ella” (1847, versión digital s/p).

Por supuesto, es distinto lo que sugiere Paz, puesto que en su caso no está tomando la literatura como referente para establecer el buen uso de la lengua, como lo hizo Andrés Bello, pero sí está planteando que el aporte de la literatura es de gran valor para el reconocimiento de discusiones teóricas relevantes acerca de la lengua. Cabe destacar que uno de los libros escogidos por esta autora para su investigación es justamente el del poeta venezolano Rafael Cadenas que queremos presentar aquí, por considerar que, no solo ofrece la posibilidad de ahondar en discusiones muy pertinentes sobre la

lengua, como demostrará Paz, sino también, y es lo que mayor interés comporta para nuestro trabajo, sobre la educación y sus métodos de enseñanza.

Se trata, pues, de un libro de gran relevancia y vigencia, titulado *En torno al lenguaje*⁴ y publicado por primera vez en 1984. Estuvo conformado originalmente por 5 ensayos, a los que se añadirá uno más, de 1998, en la reedición que hará la editorial del periódico venezolano *El Nacional* (Otero Ediciones – Editorial CEC, S.A.)⁵ en 2009. En este libro Cadenas reflexiona en profundidad acerca de lo que él considera un problema grave que aqueja, en particular, al sistema educativo venezolano, pero cuyo alcance trasciende esas fronteras y por tanto nos atañe a todos por igual, seamos venezolanos o no. Me refiero a la desatención hacia el estudio de la lengua y de la literatura en la educación escolar, en especial en la educación media, e incluso en las Escuelas de Letras de las universidades. El síntoma de esta enfermedad lo reconoce el poeta, también profesor universitario, al constatar el estado deplorable en el que se encuentra el idioma en su país —mi país—, indigencia de la que no escapan tampoco, como se encargará de demostrar, otras lenguas, y que no es resultado de un problema reciente, sino de vieja data.

Cadenas comienza su reflexión afirmando que el venezolano “*conoce muy poco su propia lengua. No tiene conciencia del instrumento que utiliza para expresarse*” y por ello en su lenguaje “*se advierte una pobreza alarmante*” (p. 19).

“Infortunadamente —añade a continuación—, también ignora que la propia lengua puede y debe estudiarse a lo largo de la vida; para él, es sólo una tediosa materia de los programas de la escuela y el bachillerato, de la cual se siente al fin libre. Tampoco sabe que nunca ha recibido clases de lengua, aunque haya llegado a la universidad” (p. 19).

Queda en evidencia a partir de esto que para Cadenas existe una relación directa entre el estado de indigencia —término que utilizará a menudo— en el que se encuentra la lengua en su país y la manera en que esta se enseña en las escuelas; para él, completamente infructuosa. De ahí que llegue a afirmar, como lo hará en el capítulo que dedica especialmente a este asunto, titulado “*La gramática contra la lengua*” (pp. 51-58), que “*en Venezuela nunca se ha enseñado castellano*” (p. 53. El énfasis es nuestro). Lo dice porque considera “*una perniciosa confusión*” que se haya reducido el estudio de la lengua al aprendizaje de reglas gramaticales que se enseñan mecánicamente, pues así solo se logra alejar al estudiante de aquello que más necesita aprender. Acompaña su crítica con lo que más de veinte años antes advirtiera Ángel Rosenblat en su libro *La educación en Venezuela. Voz de alerta* (1964) y que apunta a lo mismo: *que en lugar de enseñar la lengua estaban imponiendo a los estudiantes un manual de gramática muy discutible y que por eso a los estudiantes les resultaba ingrata y fastidiosa la materia* (pp. 53-54). Valdría recordar que el mismo Bello recomendaba, en este mismo sentido, en el referido artículo publicado en *El Araucano* en 1832, que no debía limitarse la enseñanza de la lengua al conocimiento material de las reglas gramaticales, sino que debía darse a conocer también su genio, pues solo así el joven podría tomar conciencia de la grandeza de tal instrumento y apoderarse “del pincel de las ideas” (1893, p.99).

Esa estrecha relación, pues, que Cadenas enfatiza entre conciencia de la lengua y educación, y que, como ya se dijo, Bello tuvo también muy presente, la complementará luego el poeta con otra, de igual importancia, al afirmar que la crisis del lenguaje y la crisis del mundo moderno también “*van juntas, apoyándose, sosteniéndose, alimentándose*” (p. 33). Esto lo supo reconocer en su momento, con aguda lucidez, Karl Kraus, escritor austríaco de principios del siglo XX que, junto a Nietzsche y Pedro Salinas, será pilar fundamental en la reflexión de Cadenas. Kraus, de hecho, estaba convencido de que la crisis del mundo moderno se debía a la crisis del lenguaje, pues para él la lengua era inseparable del pensamiento y el pensamiento del alma, por lo que la corrupción de aquella debía ser causa de la degradación del pensamiento y de la conciencia (p. 33). Cadenas comparte tal convicción

y por ello insiste en la necesidad de enseñar la lengua como se debe, para lo cual resulta indispensable reconocer realmente su valor.

En “La gramática contra la lengua”, ensayo antes referido, Cadenas apoya sus reflexiones en vehementes afirmaciones que hiciera Nietzsche en su tiempo acerca de la importancia de la lengua y acerca de los riesgos que implica desatender su enseñanza. En una de las citas que toma del libro del filósofo alemán titulado *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, encontramos la exhortación que aquel consideraba debía hacerle una buena escuela a los jóvenes cuyo lenguaje se había corrompido:

“¡Tomad en serio nuestra lengua! Quien no consiga sentir un deber sagrado en ese sentido no posee ni siquiera el germen del que pueda surgir una cultura superior” (p. 55. El énfasis es nuestro).

Se entiende, a partir de estas palabras, que para el filósofo alemán ese profundo respeto por la grandeza de la lengua era requisito indispensable para que pudiera realmente desarrollarse una cultura superior. Y según comenta Cadenas, Nietzsche consideraba además que el bachillerato era “*el eje de toda la educación*” (idem), razón por la cual era blanco de sus críticas más severas:

“El bachillerato —advertía— ha desatendido hasta ahora el objeto primordial e inmediato, de que arranca la cultura auténtica, es decir, ha desatendido la lengua materna: le falta así el terreno natural y fecundo en el que pueden apoyarse todos los esfuerzos culturales superiores” (idem. El énfasis es nuestro).

En esta última frase, que nos permite comprender la lengua como “el terreno natural y fecundo en el que pueden apoyarse todos los esfuerzos culturales superiores”, encontramos, además de una idea afín a la de Bello, la razón que le permitirá al poeta venezolano afirmar a continuación:

“Que no es la lengua una materia más que deba estudiarse como cualquier otra, sino la materia de las materias, el instrumento que permite todos los demás estudios, la base del edificio, o mejor, del templo, y merece [por tanto] una consideración diferente” (pp. 55-56).

Las críticas que dirige Nietzsche a la educación de su época también le sirven a Cadenas, primero, para hacer notar que el problema al que se refiere no es reciente, como ya se dijo, sino que se remonta al momento en el que la modernidad ha comenzado a consolidarse como nuevo orden del mundo; y segundo, para señalar una de sus principales causas, considerada como una de las más temibles características de nuestra civilización occidental moderna: la tendencia a darle prioridad a lo meramente racional, a lo utilitario, a lo instrumental, a lo que sirve al “progreso” y, por tanto, al saber científico y tecnológico como único capaz de proporcionarnos lo necesario para alcanzarlo. Un progreso entendido en términos de lograr tener cada vez más confort, control y estatus económico y social: “meta vital” que, sin embargo, como diría Walter Benjamin, “*no emerge sino como lejanísimo punto de fuga en una perspectiva infinita de medios*” (2003, p. 169). Y mientras todos nos vemos impelidos a perseguir esa meta, la cultura, que es la que se obtiene a través del estudio de las humanidades y a la que cada vez le cuesta más demostrar su valor, va quedando atrás, y con ella lo humano del ser.

La educación, entonces, sometida a esa escala de “valores” y “prioridades”, parece que ha tenido hasta ahora como objetivo la formación de “individuos” capaces de “funcionar” en una sociedad que es consecuente con esos “valores” y “prioridades”, y por tanto es su consecuencia. El año pasado el MIT publicó un artículo en el que se anunciaba con entusiasmo que el investigador Yann LeCun había logrado importantes avances en la creación de un software que enseñará a las máquinas a

comprender el lenguaje, y que gracias a eso muy pronto podremos interactuar con ellas “como si” conversáramos⁶.

Muchas advertencias se han hecho ya, a lo largo de nuestra historia, acerca de que esta tendencia occidental hacia lo utilitario, hacia el desarrollo científico-tecnológico entendido en términos de “progreso”, ha traído como consecuencia una paulatina deshumanización del hombre que, asociada a los avances de la técnica, ha sido entendida como el resultado de un proceso de maquinización o automatización de la especie humana, considerado por Julia Kristeva, en *Diez principios para el humanismo del siglo XXI* (2011)⁷, como una “nueva banalidad del mal”. ¿Y qué quiere decir actuar automáticamente? Pues, seguir instrucciones sin cuestionar nada, sin escuchar ni dar razones. La enseñanza de la lengua, por supuesto, como hemos dicho, no ha escapado a este propósito y por tanto ha quedado reducida a mero instrumento de comunicación que funciona a partir de reglas gramaticales que deben aprenderse. Pero

El lenguaje —recuerda Cadenas, acorde con Karl Kraus— es inseparable del mundo del hombre. Más que al campo de la lingüística, pertenece, por su lado más hondo, al del espíritu y al del alma (p. 27).

Y eso es justamente lo que debe considerarse al momento de decidir cómo enseñarlo, y es también la razón por la cual se ha dicho antes que la lengua es la base primordial de toda cultura auténtica. Al final de “La gramática contra la lengua”, Cadenas afirma que enseñarla es

Un trabajo más importante que el también muy útil de hacer casas y edificios, pues tiene que ver con la construcción interna de los seres, por lo que ninguno puede igualársele. A menos que prefiramos la solidez de las ciudades —que nadie osaría impugnar— a la solidez de las personas (p.58).

Con esto lo que el poeta quiere que veamos es que la degradación de nuestro mundo está intrínsecamente vinculada a la degradación de nuestra lengua y que, por tanto, ésta debe ser entendida como espejo que revela, a partir de su indigencia, la nuestra; o como “*remedo doloroso de una fallida espiritualidad*” (p.7), según sugiere el actual Secretario General de la ASALE (Asociación de Academias de la Lengua Española), Francisco Javier Pérez, en el prólogo de la edición de *El Nacional* del libro que hoy comentamos.

Es necesario en este sentido tener en cuenta que la crisis por la que estamos atravesando hoy en día —y creo que esto todos lo sabemos— no se reduce a problemas particulares de una nación o de un continente; aun considerarla una crisis internacional me resulta una reducción. Pues la profunda desestabilización que hoy enfrentamos, como ya muchos han advertido y desde hace tiempo, la estamos enfrentando como especie humana que habita —¿habita? — la Tierra. Y mucho de ello tiene que ver con la inminencia del vertiginoso desarrollo tecnológico, resultado de esa concepción de progreso que nosotros mismos hemos *puesto en marcha*. Un desarrollo, por tanto, que tampoco puede entenderse solo en términos actuales, pues tiene hondas raíces, como histórica ha sido la batalla que contra sus consecuencias han librado tantos humanistas. Y en esas batallas, donde lo primero que se defiende es que las ideas, los argumentos, deberían sustituir —destituir de su poder, diría yo— a las armas, la preocupación por la orientación que se le ha dado, en nuestra civilización occidental, y que debería dársele a la educación ha sido muy significativa y recurrente. Y considero que sigue pendiente la pregunta: ¿Qué significa educar? ¿Cuál es su finalidad? ¿Qué clase de individuo pretendemos formar, o pretendemos, para decirlo de otra manera, que conforme nuestras sociedades?

Hacia finales de los ochenta, misma década en que Cadenas escribe su libro, el filósofo francés Jean François Lyotard advertía: “[c]uando se *puede* simular *in vitro* la explosión solar o la fecundación y gestación de un ser viviente, hay que saber qué se *quiere*” (1988, pp. 61-62. Las cursivas son del texto). Y cuando se pretende enseñar a las máquinas a aprender a pensar por sí mismas, también.

4. Conciencia de la lengua para desmontar mecanismos

Tal y como afirma el poeta en “La quiebra del lenguaje” (pp. 17-30), el primer ensayo del libro, desconocer la propia lengua implica verse limitado en todo sentido como ser humano. Para empezar, sin lenguaje es imposible pensar, razonar, reflexionar; facultades que resultan indispensables para el desarrollo de un criterio individual. Sin lenguaje es imposible conocer el mundo, concebirlo, asirlo, como diría Octavio Paz, y lo que es aún más importante, es imposible conocerse, concebirse uno mismo. Además, desconocer la lengua implica verse privado de la herencia cultural de la humanidad y en especial de la que pertenece a cada ámbito lingüístico particular. Ese desconocimiento convierte entonces a quien lo padece, como advierte el poeta, “*en presa de embaucadores, pues la ignorancia lo torna inerme ante ellos y no lo deja detectar la mentira en el lenguaje*” (p. 23).

En su libro *Anotaciones* (1983), en el que Rafael Cadenas recoge reflexiones muy cercanas a las que luego desarrollará en *En torno al lenguaje*, dice el poeta:

“Un pueblo sin conciencia de la lengua termina repitiendo los slogans de los embaucadores; es decir, muere como pueblo” (p. 23).

Y muere porque su palabra se desalma, porque se convierte en repetidor mecánico de palabras desalmadas —hoy en día, por ejemplo, al menos en mi país, ¿qué significa la palabra “pueblo” o la palabra “diálogo” o la palabra “democracia”? ¿O “justicia” o “libertad” o “paz”?—. Rozamos aquí uno de los mayores riesgos implícitos en el desconocimiento de la lengua: “*La pobreza idiomática* —afirma Cadenas al final de su libro— *facilita la llegada al poder de dictadores y su permanencia en él*” (p. 90).

Lo que es vital comprender en este sentido es que, como afirmó en una entrevista reciente⁸ Carlos Leáñez Aristimuño, también profesor de la USB interesado en atender las advertencias del poeta — y coautor de un interesante libro titulado *La neolengua del poder en Venezuela* (Galipán, 2015)—, la lengua es el sistema operativo de las sociedades, y por supuesto también de los individuos. Así que, si no estamos conscientes de ello, corremos el riesgo de que sea otro quien escriba el programa, quien nos programe. De ahí que resulte crucial despertar esa conciencia acerca de lo que realmente significa la lengua, el lenguaje. Este debería ser el primer objetivo a cumplir en cualquier programa de enseñanza de lengua y literatura.

Y la vía para lograrlo, según afirma el poeta, la vía única y natural para enseñar la lengua, y para que pueda el estudiante descubrir y vivenciar lo que ella es realmente, es la lectura, atenta al lenguaje, de buenas obras de literatura; lectura acompañada de conversación en clase acerca de lo leído. Pero no una lectura cuya intención sea tan solo el análisis y la búsqueda de información, sino aquella que es disfrute y escucha atenta a lo que quiere transmitir el autor y a *cómo*⁹ lo transmite.

“¿Cuál es la finalidad de una clase de literatura? [se pregunta Cadenas al final de “La gramática contra la lengua”] Pues hacer que ésta se convierta en un goce para el estudiante [responde]. Es el primer paso y el más importante... Es decir, métodos, críticas, análisis profesionales no deben anteponerse al hecho primario del goce que proviene del contacto con la obra de los escritores. Ellos —sería descaminador olvidarlo— no han escrito nunca para especialistas, para profesores o estudiantes de letras, sino para los hombres (p. 57).

En el último ensayo del libro que, como dije al principio, fue añadido a partir de la edición de El Nacional y que se titula “Sobre la desenseñanza de la literatura en la educación media” (pp. 77-86), complementa Cadenas esta idea al ofrecer, por apreciar su sencillez, la definición que da Charles Du Bos de la literatura: “lugar de encuentro de dos almas” (p. 85). Ya antes ha dicho, además, que la literatura es “la depositaria de la lengua”, la que “[a]tesora todo el esplendor de que ella es capaz” y, por tanto, el lugar “donde abrevamos en busca de ese caudal que no encontraremos en ninguna otra parte” (p. 67).

Contagiarle entonces al estudiante el goce por la lectura de buenas obras de literatura —cosa que únicamente podrá lograr, como enfatiza Cadenas, un maestro que sea buen lector— trae consigo el beneficio, no solo de acercarlo, de manera natural, al fundamental estudio de la lengua, que de esa forma “se absorbe indirectamente” (p. 67), sino también el de cumplir con esa otra finalidad primordial, tan necesaria en nuestro tiempo, que es despertar en él, por acercarlo al *encuentro*¹⁰ con otras almas, “el sentimiento latente de confraternidad con toda la creación”, como diría Josep Conrad, esa “sutil pero indomeñable convicción de solidaridad en los sueños, la alegría, la pena, las aspiraciones, las ilusiones, las esperanzas, el temor, que une a los hombres, que une a toda la humanidad: a los muertos con los vivos; a los vivos con los que aún han de nacer” (2002, p. 88). Despertar, en fin, en los estudiantes, *la sensibilidad*, que es lo que nos hace humanos y nos distingue irremediabilmente —al menos hasta ahora— de las máquinas; eso que nos devuelve al cuerpo sintiente que somos todos —sin distingo de raza, clase, ideología o religión—; eso que nos devuelve a la emoción, a la experiencia del existir: fondo del cual brota la compleja multiplicidad de la vida, que solo a través de la palabra podrá dar testimonio de su realidad, podrá ser compartida y podrá ser, a esto deberíamos aspirar, escuchada y valorada.

Esta sería además una manera de unirse al necesario esfuerzo de rescatar aquello que Cadenas, Savater, Opazo y Paz, entre otros, buscan defender: el valor del aporte de las humanidades, de las artes y de la lengua en la educación.

5. Experiencia en el aula

La Universidad Simón Bolívar, donde me desempeño como docente desde 2009, desde su fundación ha defendido la importancia de incluir la enseñanza de las humanidades dentro del p \acute{e} nsum general de estudios de las carreras que allí se ofrecen. Esta universidad, a nivel de pregrado, s \acute{o} lo ofrece carreras cient \acute{i} ficas y tecnol \acute{o} gicas; sin embargo exige, a todo estudiante de nuevo ingreso, que curse, para empezar, un primer a \acute{n} o obligatorio durante el cual debe aprobar, entre las materias consideradas b \acute{a} sicas, 3 niveles de Lenguaje; y luego de aprobado ese primer a \acute{n} o, que inscriba durante su carrera una cantidad espec \acute{i} fica de cr \acute{e} ditos en Estudios Generales. En mi caso, hasta el momento he dictado cursos correspondientes a los tres niveles iniciales de Lenguaje, pero siempre he querido mantener, a pesar de que los objetivos a evaluar no son los mismos, un v \acute{i} nculo cercano entre lo que es propio de las clases de ense \acute{n} anza de la lengua y lo que es propio de un Estudio General. Parto en este sentido de la convicci \acute{o} n, siguiendo por supuesto los consejos del poeta Rafael Cadenas, de que ense \acute{n} ar a utilizar bien el lenguaje, la lengua, no puede reducirse tan solo a ense \acute{n} ar el buen uso de reglas ortogr \acute{a} ficas, gramaticales y sint \acute{a} cicas, pues ello equivaldr \acute{i} a a reducir el lenguaje a simple instrumento de comunicaci \acute{o} n. Lejos de eso, comparto m \acute{a} s bien la idea de que, como dir \acute{i} a Octavio Paz, “estamos hechos de palabras” (1976, p. 30); o la de que, como dir \acute{i} a Wittgenstein, nuestro mundo es del tama \acute{n} o de nuestro lenguaje —del tama \acute{n} o y de la calidad de nuestro lenguaje, agregar \acute{i} a yo—; porque \acute{e} ste, ya lo hemos dicho, es inseparable del pensamiento y del sentir del hombre, y eso es lo primero que intento que comprendan mis estudiantes, pues al parecer no es algo que se ense \acute{n} e en la escuela, aun cuando resulta crucial.

Como cabe esperarse, el “método de enseñanza” que he asumido es justamente el propuesto por el poeta Cadenas, que como él mismo dirá muchas veces no es ningún método sino una invitación a compartir en clase la riqueza que ofrece una buena lectura o “la experiencia de saborear un libro” (p. 50), para decirlo con sus palabras. Esto con la intención de despertar en el estudiante el gusto por la literatura y, a través de la literatura, el gusto por la lengua; y de reivindicar, además, el valor de una buena conversación, esa “facultad que mantiene la gran diferencia entre los hombres y las bestias;... el mayor, el más duradero, y el más inocente, así como útil placer de la vida” (2002, p. 13), como advirtió Jonathan Swift en su momento. “Útil placer” tan poco valorado y tan mal cultivado hoy en día, lo que está también directamente relacionado con la desatención hacia el cuidado de la lengua.

En el ensayo que le dedica a Pedro Salinas, otra de las voces fundamentales en su libro, Cadenas se hace la siguiente pregunta: “¿Para qué todo lo que abarca el rótulo de progreso, si al encontrarnos con nuestros prójimos no podemos hablar, por indigencia lingüística?” (p. 42). Y cabe en nuestros días prestarle mucha atención a esto, pues los hechos parecen revelar que vivimos en un mundo aquejado de incomunicación, a pesar de, o quizás justamente porque abundan —en exceso, diría yo— canales que hacen posible la interconexión entre personas. Debería resultar obvio que estar interconectados no equivale a estar intercomunicados. Hoy en día, a través de numerosos dispositivos el intercambio de palabras, o de notas de voz, es incesante. Parece que nadie deja de hablar ni un segundo. Pero, ¿qué nos estamos diciendo? ¿Cuántos tienen la capacidad de resistir ante la inercia que nos arrastra a la “vacuidad del palabrerío”¹¹? ¿Cuántos son capaces de detenerse a pensar y a reflexionar acerca de lo que están diciendo o les dicen? ¿Acerca de cómo han de decirlo? Curioso, en este sentido, que nuestro esfuerzo como cultura esté orientado a enseñar a las máquinas a comprender el lenguaje natural para que interactúen con nosotros “como si” fueran humanas, en lugar de esforzarnos por formarnos bien para que seamos nosotros mismos más humanos y podamos comunicarnos de verdad, incluso a través de las máquinas.

Además de la necesidad de reivindicar la buena conversación, he constatado muchas veces que los estudiantes no saben leer, y por ello casi siempre suelo ser yo quien lee en clase, pues de esa manera puedo dar a lo leído la entonación correcta¹². Muchas veces dramatizo lo que leo, exagero ironías cuando las hay, me detengo en las metáforas, establezco analogías entre lo que plantea un autor en su texto y situaciones cotidianas del presente, a fin de propiciar una mejor comprensión y de vincular además lo leído con la realidad; y entre fragmento y fragmento voy haciendo preguntas: qué dice el autor en este párrafo, cómo lo dice, qué puede significar que haya utilizado este o aquél término, cuáles son las estrategias de las que se vale para sustentar sus ideas, etc. Y como me interesa mantener un hilo de discusión a lo largo del curso, siempre escojo previamente un tema a tratar, o un conjunto determinado de temas que guarden relación entre sí, antes de decidir cuáles serán los textos que conformarán las guías. Suelo escoger sobre todo ensayos de escritores reconocidos que aborden problemas afines que luego serán discutidos en el aula. También he incluido en varias ocasiones artículos de opinión, cuentos, crónicas, poemas. Muchas veces complemento los textos escritos con otros formatos (que dependen siempre del nivel del curso): películas, cuadros, fotografías, obras de arte, canciones, caricaturas, imágenes publicitarias, etc., pues creo necesario que aprendan que ese otro tipo de “textos” también puede y debe “leerse”. Intento, por lo general, que el número de autores de mi país sea mayor al de autores extranjeros por el simple hecho de que lo considero una oportunidad para rescatar del olvido un legado cultural civil que sin duda es sumamente valioso para las nuevas generaciones, tan expuestas a la desmemoria que propicia la tecnologización y la ideologización en nuestro tiempo.

Parto de la convicción, en este sentido, de que a través de ensayos y obras literarias la lengua traza caminos que permiten el abordaje de asuntos culturales cruciales sobre los que es necesario reflexionar. La lectura se convierte así en la vía para aprender la lengua y la lengua se descubre como

vía para aprender de nuestra cultura y de nosotros mismos. Esto me permite además iniciar al estudiante en lo que corresponde a todo camino de investigación, fuente de toda buena conversación y única vía para formar un hombre original, como advertió, en un ensayo titulado “Cultura y sosiego” (1954), el reconocido ensayista venezolano Mariano Picón Salas, quien con sostenida convicción defendió siempre la importancia de las humanidades en la educación. Cito a continuación sus palabras por considerarlas de gran valor:

“[E]l encanto de una buena lectura no consiste únicamente en la fórmula de conocimiento teórico que pueda ofrecernos, sino también en otros valores espirituales más complejos. A veces en los libros que señalaron una fecha o una orientación en la historia del pensamiento humano, importan no sólo las teorías sino los caminos de reflexión y perplejidad que condujeron al filósofo o al pensador a formularlas... El buen leer consiste, así, no sólo en informarse y devorar conocimientos como el heredero pródigo que se sienta a hartarse de su herencia, sino en revivir y repensar, enriquecer de nuestro trabajo y reflexión, la problemática que guarda toda obra maestra. Acaso las grandes obras sean los mejores caminos que conducen al descubrimiento de nuestro propio espíritu... Por eso en los programas de Educación me parecen tan inútiles y deleznable aquellos en que se dan al estudiante fórmulas hechas, juicios repetidos en todos los Manuales, capaces de adornar la cabeza de los pedantes y los retóricos, pero que no formarán nunca un investigador ni un hombre original” (1983, p. 512).

Uno de mis intereses principales, que va de la mano con el de enseñar bien la lengua y también con lo que defiende aquí don Mariano Picón Salas, es que estos jóvenes tomen conciencia, no sólo acerca de los problemas que nos aquejan en el presente, ante los que a ellos les tocaría, como nueva generación, decir algo, hacer algo; sino también acerca de cuán importante resulta prestar la debida atención al legado de escritores, pensadores y artistas justamente para comprender mejor esos problemas. En el mismo ensayo referido, sostiene Picón Salas que

“es necesario leer a los autores que murieron hace más de cincuenta años para descubrir la sencilla verdad de que el mundo no comienza con nosotros y que muchos de los que llamamos pedantemente los “problemas contemporáneos”, son cuestiones de siempre” (ídem, p. 513).

Involucrar así al estudiante en la reflexión acerca de aquello que aqueja en el presente a nuestra cultura por lo general me ha dado buenos resultados, porque entonces empiezan a pensarlo desde sí mismos, empiezan a tomar conciencia de su entorno, y de lo que yo llamaría las raíces de su entorno —que son también las suyas—, y asombrosamente esto suele traducirse en una mejora en la manera de comprender lo leído y de expresarse tanto por escrito como oralmente.

Creo que esto obedece, al menos esa ha sido mi experiencia, a que nos encontramos ante estudiantes que, no sólo por fallas en la educación durante sus años de estudio en la escuela, sino por el medio en el que vivimos, cada vez más tecnologizado, presentan serios problemas de atención y concentración, destrezas que son fundamentales para llevar a cabo una buena lectura y para afrontar bien lo que exige la escritura y también el hablar, y por supuesto el pensar¹³. Son jóvenes que parecen estar, en su mayoría, fragmentados interiormente y esto queda en evidencia en los textos que escriben¹⁴. Leer con ellos en clase durante todo el curso, en lugar de asignarles las lecturas y pretender que por su cuenta las van a leer y comprender, les exige entonces prestar un tipo de atención al que no están acostumbrados. Y como suelo escoger textos que permitan ir estableciendo relaciones que amplíen la comprensión de los problemas planteados a medida que avanzamos en la guía, se suma a la exigencia de prestar y mantener la atención, esta otra de ir relacionando ideas como quien arma poco a poco un rompecabezas.

Esos problemas que plantearon autores muchos años atrás comienzan entonces a comprenderlos mejor y a reconocerlos en el presente, lo que se traduce muy pronto en aumento del interés por lo que estamos leyendo. De ese modo poco a poco van tomando conciencia acerca de la importancia que tiene conocer el pasado para comprender y actuar responsablemente en el presente¹⁵. He dado cursos en los que ha habido estudiantes que han pasado del absoluto desinterés en las clases a la mayor participación. Casos como este me han permitido constatar que no es que el joven de hoy sea un desinteresado, sino que al parecer nuestro modo de brindarles educación debe ser profundamente revisado. Por eso he querido compartir mi experiencia, como aporte a lo que considero una muy necesaria discusión.

6. Conclusiones

Es indudable que hoy en día el mundo se enfrenta a un período de profunda inestabilidad, en gran medida producto de una severa crisis de valores. El futuro es incierto y el avance vertiginoso del desarrollo científico-tecnológico atenta contra nuestra capacidad de comprender y reflexionar de manera apropiada; y casi inadvertidamente nos va arrebatando el legado de nuestro pasado, nuestras raíces. En tales circunstancias, la experiencia en el aula debería asumirse como respuesta a la responsabilidad que nos corresponde en la formación de las nuevas generaciones. Uno de los mayores retos a los que hoy se enfrentan los educadores, como hemos visto, es el de ser capaces de rescatar el valor del aporte de las humanidades y las artes ante un mundo que parece darle cada vez menos importancia. El primer paso en este camino, si seguimos la sugerencia del poeta, ha de ser despertar en los estudiantes la consciencia de la lengua como terreno fértil del que puede y debe surgir una cultura auténtica, pues es ella el instrumento que permite el conocimiento del mundo y de nosotros mismos, el don a través del cual podemos expresarnos y encontrarnos con el otro y con nuestra herencia cultural desde el reconocimiento y el respeto. “El lenguaje está cargado de tiempo”, afirma Cadenas. Y al respecto aclara la profesora Paz algo muy importante: “*La desmemoria del mundo moderno, en palabras de Cadenas, podría deberse [al] descalabro de la lengua y debido a este, el futuro se hace añicos, falsa promesa*” (2015, p. 127). De ahí que resulte crucial prestar especial atención a la enseñanza de la lengua, pues “De su claridad y exactitud dependería nuestra pervivencia como especie en el tiempo” (ídem).

Leer y conversar en clase acerca de lo leído con mis estudiantes —conversación a la que se van sumando poco a poco las voces de los autores que vamos leyendo y algunas veces las de otros que los mismos estudiantes van incorporando— es lo que me ha permitido poner en práctica lo que entiendo como un proceso de *(re)conexión* del estudiante, tanto consigo mismo como con su entorno; proceso que empieza por la *(re)configuración* de su *sistema operativo*, no con la intención de programarlo —como si fuera una máquina— para algún fin determinado, peligro al que ya hemos hecho referencia, sino con la de despertar en él, al ir llenando de significado las palabras y recuperando así su potencia representativa, su potencia de sentido, esa conciencia del lenguaje que, como dice el poeta, “es ya en gran medida conciencia” (p. 49), a fin de que sea capaz entonces de pensar por sí mismo, de dilucidar, dialogar, inquirir y llegar por su cuenta a respuestas propias que le permitan ir desarrollando un criterio individual, singular, responsable, ético ante la vida. Es eso lo que, como diría Cadenas, “pide a voces esta época insubstancial” (p.41), individuos capaces de pensar por sí mismos. ¿Y no es eso acaso lo que tantos pretenden lograr que haga una máquina a través de una inteligencia artificial?, ¿que piense por sí misma? Ante tal aspiración, yo me pregunto, ¿por qué el empeño en querer enseñar a una máquina a pensar por sí misma cuando tenemos millones de jóvenes que deberíamos formar en ese sentido? Millones de jóvenes cuya *inteligencia natural* parece ir camino a la atrofia por desatención, ante los ojos de quienes ya parece que no miran lo que salta a la vista.

El investigador Yann LeCun, a quien me referí antes, informó, en el artículo mencionado líneas atrás, que sus máquinas, luego de haberles dado un resumen muy simplificado de la trama de *El Señor de los Anillos*, habían sido capaces de responder por sí mismas preguntas sencillas del tipo: “¿Dónde está el anillo?” “¿Dónde estuvo Frodo antes de ir al Monte del Destino?” Para él, y para su grupo de investigadores, esto implica que el software adquirió un “sentido común rudimentario”, lo que parece ser para ellos un gran logro.

El lenguaje en sí mismo no es tan complicado —afirma [LeCun, al parecer partiendo de una noción meramente instrumental del mismo]—. Lo complicado es tener una comprensión profunda del lenguaje y del mundo que te da el sentido común. Eso es lo que realmente nos interesa incorporar a las máquinas (2015, versión digital s/p).

Les interesa entonces, al parecer, incorporar a las máquinas lo que tanta falta nos hace en la vida. Y el hecho de que tal pretensión se supone que puede alcanzarse si se les enseña a estas a comprender el lenguaje —cuya complejidad me resulta insondable y no poco complicada, como a LeCun—, no viene más que a comprobar, a mi modo de ver, que todo lo que hasta ahora he querido defender es cierto: que la lengua, el lenguaje, es la base de todo; que lenguaje es pensamiento. El problema es que quienes se empeñan en enseñar a pensar a las máquinas parece que olvidan que el lenguaje es también inseparable del sentir, pues, como nos recordaba Cadenas al principio de este escrito, “pertenece, por su lado más hondo, al [campo] del espíritu y al del alma” (p. 27). Descuidarlo entonces implica descuidar el espíritu, que es la fuente donde abreva lo humano del ser. De ahí que resulte vital en nuestro tiempo, como ya he dicho, orientar nuestro esfuerzo hacia la cabal enseñanza de la lengua, basada en la convicción de que es ella la base, “la armazón de toda cultura” (Cadenas, 2009, p. 26).

Y si bien es inevitable que el desarrollo tecnológico siga avanzando e incluso que lleguemos, seguramente antes de lo esperado, a hablar con las máquinas “como si” fueran “seres humanos”, nos corresponde a nosotros —docentes, escritores, pensadores— no cejar en nuestro empeño por defender la cultura, por reivindicar la importancia de las humanidades en la formación de todo individuo.

Quizás si logramos ir poco a poco, cada quien desde su espacio, despertando conciencias, podamos hacer algo para que nuestra especie reconozca a tiempo que, como dijo Octavio Paz mucho antes de que Lyotard expresara su inquietud, ninguno de los prodigios de la técnica “contestará a la única pregunta que se hace el hombre en tanto que ser histórico y... en tanto que hombre: el porqué y el para qué de los cambios”. Esta pregunta, dice el escritor mexicano:

“Contiene ya, en germen, una idea del hombre y una imagen del mundo. Es una pregunta sobre el sentido del existir humano individual y colectivo; hacerla es afirmar que la respuesta, o la ausencia de respuesta, pertenecen a esferas distintas de la técnica” (1994, p. 264).

Es decir, pertenecen a las humanidades, cuya base, cuya armazón es la lengua.

En mis cursos, reitero, no sólo me interesa enseñar lenguaje, sino también, a través de él, a través de la lengua, involucrar a mis estudiantes en la tan necesaria reflexión acerca de los graves problemas que nos aquejan en el presente y acerca de lo intrínsecamente vinculados que están con el descuido de la lengua, que es a un tiempo descuido del espíritu; y me ha parecido que muchos de ellos lo agradecen. Esto es más importante de lo que parece porque, como dice Pedro Salinas, a quien

Cadenas nos acerca: *“El impulso al bien hablar es menester que brote de la convicción de la persona misma, de la sin par importancia que para su vida total tiene el buen estado del idioma”* (p. 46).

Eso es justamente lo que considero nos tocaría a nosotros *despertar...*

7. Referencias

- Bello, Andrés. (1893). *Obras completas de don Andrés Bello*. Vol. XV. Miscelánea. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes. Recuperado de: <https://archive.org/stream/obrascompletasd03chigoog#page/n1/mode/2up>
- Bello, A. (1847). *Gramática de la lengua castellana destinada a los americanos*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/gramatica-gramatica-de-la-lengua-castellana-destinada-al-uso-de-los-americanos--0/html/>
- Benjamin, W. “Experiencia y pobreza”. En *El arte de la prosa ensayística* 3. (2003). Venezuela: Fundación Metrópolis. Colección Umbrales; pp. 164-170.
- Cadenas, R. (2009). *En torno al lenguaje*. Caracas-Venezuela: Otero Ediciones / Editorial CEC, S.A. El Nacional.
- Cadenas, R. (1983). *Anotaciones*. Caracas-Venezuela: Fundarte. Colección Delta N° 13.
- Conrad, J. “Prefacio a *El negro del Narcissus*”. En *El arte de la prosa ensayística* 2. (2002). Venezuela: Fundación Metrópolis. Colección Umbrales; pp. 87-92.
- Gallardo, A. (2014). *Don Andrés Bello y su Gramática de la lengua castellana: tres hitos para la historia de la lengua común*. Boletín de Filología, Tomo XLIX. Número 1: pp. 149-160.
- Heidegger, M. (2001). “Construir, habitar, pensar”, en *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Kristeva, J. “Diez principios para el humanismo del siglo XXI” En *Cuadernos de Literatura* N° 33 (enero-julio 2013). Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana; pp. 407-412.
- Leáñez-Aristimuño, C. (19 de julio de 2016) Entrevista serie “Estado de la lengua en Venezuela” Caracas-Venezuela: *El Nacional*. Suplemento *Papel Literario*. Recuperado de: http://www.el-nacional.com/papel_literario/Venezuela-III-Carlos-Leanez-Aristimuno_i_0_886711637.html
- Leáñez Aristimuño, C.; Canova González, A.; Graterol Stefanelli, G.; Herrera Orellana, L. A. y Matheus Hidalgo, M. (2015) *La neolengua del poder en Venezuela. Dominación política y destrucción de la democracia*. Caracas-Venezuela: Editorial Galipan.
- Luengo Navas, J. (2004). “La educación como objeto de conocimiento. El concepto de educación”. En Pozo Andrés, M. del M.; Álvarez Castillo, J. L.; Luengo Navas, J. y Otero Urtza, E. *Teorías e instituciones contemporáneas de educación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ocampo Londoño, A. (1982). “Andrés Bello, educador”. Centro Virtual Cervantes. THESAURUS. Tomo XXXVII. Número 2. Recuperado de: http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/37/TH_37_002_157_0.pdf
- Opazo, C. (7 de agosto de 2016). “¿Dónde quedan las humanidades y las artes en un futuro ministerio de ciencia?” Periódico *El Mercurio* (Chile), Sección Artes y Letras, E-6. Recuperado de <http://impresa.elmercurio.com/Pages/NewsDetail.aspx?dt=2016-08-07&dtB=08-08-2016%200:00:00&PaginaId=6&bodyid=6>
- Opazo, C. (10 de agosto de 2016). Entrevista transmitida en el programa “La mañana informativa”. Canal 24 Horas (Chile). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=hFYehXF39S0>
- Paz, O. (1994). *El arco y la lira*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, Y. B. (2015). *En busca de una gramática poética*. Madrid: EDAF.
- Picón-Salas, M. (1983). “Cultura y sosiego”. En *Viejos y nuevos mundos*. Caracas-Venezuela: Biblioteca Ayacucho. Selección, prólogo y cronología de Guillermo Sucre; pp. 511-514.
- Savater, F. *¿Por qué sobra la filosofía?* Publicado en *El País* el 1 de julio de 2016. Recuperado de: http://elpais.com/elpais/2016/06/22/opinion/1466601557_652759.html

- Simonite, T. “El hombre que enseña a las máquinas a entender el lenguaje”. MIT Technology Review. Sección Informática. 17 de agosto de 2015. Recuperado de: <https://www.technologyreview.es/informatica/47939/el-hombre-que-ensena-a-las-maquinas-a-entender-el/>
- Swift, J. (2002). “Sugestiones para un ensayo sobre la conversación”. En *El arte de la prosa ensayística 2* (pp. 5-14). Venezuela: Fundación Metrópolis. Colección Umbrales.
- Virilio, P. (1998). *La Máquina de Visión*. Madrid: Cátedra.

8. Notas

¹ Se trata del plan de estudios que redactó, por orden del gobierno, una comisión conformada por don Manuel Montt, don Ventura Marín y don Juan Godoi, y que fue publicado en *El Araucano* el 7 de enero de 1832, como aclara el mismo don Andrés Bello al comienzo de su artículo.

² “El nuevo plan es para la filosofía, a la que solo en la universidad le dejan ya un lugar, un golpe letal”, esgrime Savater en el comunicado referido que puede ser consultado en el siguiente link: http://elpais.com/elpais/2016/06/22/opinion/1466601557_652759.html

³ El artículo está disponible en: <http://www.humaniora.cl/donde-quedan-las-humanidades-y-las-artes-en-un-futuro-ministerio-de-ciencia/> Puede consultarse también la entrevista que al respecto transmitió el Canal 24 Horas de Chile. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=hFYehXF39S0>

⁴ Todas las citas de este libro se toman de la edición de 2009.

⁵ *El Nacional* es un diario venezolano, fundado en 1943, que cuenta también con una editorial cuyo aporte a la cultura del país se ha mantenido durante 19 años y que fue creada en 1998.

⁶ El artículo fue publicado por la MIT Technology Review el 17 de agosto de 2015 bajo el título “El hombre que enseña a las máquinas a entender el lenguaje”. Disponible en: <https://www.technologyreview.es/informatica/47939/el-hombre-que-enseña-a-las-maquinas-a-entender-el/>

⁷ Se trata en este caso de una conferencia pronunciada por Julia Kristeva en la Universidad de Roma III el 27 de octubre de 2011, cuando por primera vez fue invitada una delegación de humanistas no creyentes a la conmemoración del XXV aniversario de la “Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo”, convocada por el Vaticano y que reunió, en Asís, a representantes de todas las religiones. A continuación la cita completa, correspondiente al sexto principio que para el humanismo del siglo XXI propuso Kristeva en ese entonces: “Humanistas, es por medio de la singularidad compartible de la experiencia interior que podemos combatir esta nueva banalidad del mal que es la automatización en curso de la especie humana. Es porque somos seres que hablamos, escribimos, dibujamos, pintamos, musicalizamos, jugamos, calculamos, imaginamos y pensamos, que no estamos condenados a volvernos ‘elementos de lenguaje’ en la hiperconexión acelerada. El infinito de las capacidades de representación es nuestro hábitat, nuestra profundidad y nuestra emancipación, nuestra libertad” (2013, p. 411). El pdf de la conferencia puede descargarse en: <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/5609>

⁸ Se trata de una entrevista que forma parte de una serie que publicó el diario venezolano *El Nacional*, en su suplemento Papel Literario, dirigido por Nelson Rivera, entre el 17 y el 28 de julio del presente, titulada “El estado de la lengua en Venezuela” y que recogió el testimonio de 12 actores de la cultura, en nuestro tiempo y en nuestras circunstancias, que vale la pena consultar. Todos los aportes están en línea.

⁹ Sobre la importancia del *cómo*, dice Cadenas lo siguiente: “Pasar de lo que se dice a la manera de decirlo, deteniéndose ahí [mientras se lee en clase], constituye un movimiento decisivo, un cambio que descubre un continente: el continente, la forma; abre el camino de la apreciación propiamente literaria, y hace nacer el regusto del lenguaje, un placer que nos acompañará durante toda nuestra vida. El *cómo* es importante; el *cómo* es la literatura (ETL, p. 49. Las cursivas son del texto).

¹⁰ Luego de ofrecernos la definición que da Charles Du Bos de la literatura, Cadenas añade lo siguiente: “Importa subrayar la palabra *encuentro*. Para que él ocurra se requiere la apertura del escuchar, que siendo un acto natural tanto les cuesta a los seres humanos. La verdad es que siempre estamos predispuestos en pro o en contra, rara vez despojados de opiniones, porque somos juzgadores incurables. A los estudiantes les suelo recomendar que no anden armados por la vida —alertas sí—, que bajen la guardia, que pongan a un lado la lanza, el escudo y la celada, y se apresten a escuchar todo, que sean receptivos. Me parece una manera de romper nuestro autismo sonambólico” (ETL, p. 85).

¹¹ Es necesario aclarar que esta expresión corresponde en principio a lo que Bollnow, a quien Cadenas hace referencia también en su libro, considera pura retórica, “narcisismo de la lengua”, “habla afectada” que se aleja de su objetivo primordial, que es “lograr no ‘la expresión bella sino la exacta y acertada’” (ETL, p. 56). Hoy en día no cabría en su sentido esa relación con un cultivo exagerado de la lengua, o de la forma bella de la lengua, lamentablemente, porque ¿quién se preocupa por ello en estos tiempos? Pero sí mantiene intacto el sentido de aquello

que está hueco, vacío, lo que resulta muy significativo y revelador del deterioro progresivo y generalizado que nos aqueja.

¹² Una de las respuestas que obtuve, cuando al final de mi último curso (correspondiente al período Abril-Julio 2016) pedí a mis estudiantes su opinión acerca de las clases, fue la siguiente, de Henry Dávila: “Me llamó la atención la dinámica de la clase donde la profesora leía un texto y se iba discutiendo y desmenuzando casi cada línea tratando de explicar qué dice el autor y cómo lo dice. En lo particular este método me ayudó mucho, no sólo para entender bien el texto después del análisis profundo, sino para leer como se debe, entonando y haciendo las pausas correctamente”.

¹³ Cadenas, en “Sobre la desenseñanza de la literatura en la educación media”, último ensayo de su libro desde la edición de *El Nacional* (2009), ofrece varios aportes de escritores y pensadores —Amando de Miguel, Gore Vidal— que señalan este mismo problema. Interesante sumar a ellos, por su relación con el desarrollo tecnológico, lo que en ese sentido advierte Paul Virilio en su *Máquina de la visión* (1998). Lo cito a continuación por considerar muy relevante su aporte: “Con la multiplicación industrial de las prótesis visuales y audiovisuales, con la utilización incontinente desde la más tierna edad de estos materiales de transmisión instantánea, se asiste normalmente a una codificación de imágenes mentales cada vez más laboriosa, con tiempos de retención en disminución y sin gran recuperación ulterior; a un rápido hundimiento de la consolidación mnésica” (1998, pp.16-17). Y más adelante agrega: “Hace tiempo que las últimas generaciones comprenden con dificultad lo que leen, porque son incapaces de *re-presentárselo*, dicen los profesores... Para ellas, las palabras han terminado por no formar imágenes, puesto que, según los fotógrafos, los cineastas del cine mudo, los propagandistas y publicistas de principios de siglo, las imágenes al ser percibidas con gran rapidez debían reemplazar a las palabras: hoy, ya no tienen nada qué reemplazar y los analfabetos y disléxicos de la mirada no dejan de multiplicarse” (ídem, p. 19. Las cursivas son del texto).

¹⁴ Más de una vez un estudiante me ha dicho, mientras reviso y leo con él su escrito para explicarle las fallas que tiene: “Profe, esto parece un espejo roto en mil pedazos”. En muchos de estos casos, ellos no son capaces de darse cuenta por sí mismos de lo deshiladas que están sus ideas. Sólo logran verlo cuando yo leo con ellos lo que han escrito y se los muestro. Me llama mucho la atención que, en cuanto toman conciencia acerca de sus errores, inmediatamente asocian sus textos con algún objeto que se ha roto en muchos pedazos.

¿Cómo citar este artículo?

Díaz Larralde, D. (2017). En torno al lenguaje, una sugerencia del poeta Rafael Cadenas para la educación. *Revista humanidades*, 7(2). doi: <http://dx.doi.org/10.15517/h.v7i2.29585>